

Manuel Rojas.

## LA GUERRA A MUERTE

**S**I alguien, alguna vez, tuviera en Chile la ocurrencia de escribir un libro análogo al *Martín Fierro* del argentino José Hernández, necesitaría, para situar sus personajes y la acción de ellos, recorrer, en busca de un escenario y una época, la historia republicana de Chile. Y ninguna podría encontrar, creo, yo más propicia para ello que la de la guerra a muerte (1819-1824). Entre ésta y la época en que transcurre la acción del poema gauchesco, hay una gran similitud, no una similitud de hechos sociales, ni una de significación histórica, pues ambos fenómenos son diversos, sino una similitud de detalles, de color, de movimiento.

Los soldados de Freire recuerdan los soldados gauchos, o los gauchos soldados, de la guerra contra el indio pampa, y éste a su vez recuerda, como es lógico, dado su paralelismo racial y social, al indio que formaba las montoneras de Calcutura o de Mariluán. El paisaje es diverso, pero los hombres son iguales; van vestidos de harapos, hambrientos, llenos de piojos, sin una sola esperanza. Ambas guerras presentan, por esto, el carácter de desesperación que tuvieron.

Sólo una manta lanuda  
era lo que me quedaba;  
la había agenciao a la taba  
y ella me tapaba el bulto.  
Yaguané que allí ganaba  
no salía ni con indulto. (1)

---

(1) J. Hernández—*Martín Fierro*.

Sobre este mismo propósito, el oficial de artillería Escala, destacado en Yumbel, decía a su jefe el 6 de Marzo de aquel año, que habiendo entrado un soldado en reemplazo de otro, había quitado al que salía la chaqueta para dársela al recién inscrito, lo que no es de extrañarse, pues ya hemos visto en el caso de Zapata lo que valía una chaqueta en aquella guerra hecha *en pelota*. (2)

Elegida la época y el escenario, el futuro autor del *Martín Fierro* chileno necesitaría ambientarse. El tiempo de la guerra a muerte está ya muy lejano y no es fácil revivirlo con un solo esfuerzo de imaginación. Pero para esto no necesitaría recurrir a los documentos y a los papeles oficiales, tan difíciles de leer para un poeta. Hay alguien que ha trabajado para él y ese alguien es Vicuña Mackenna. Bastaría para ello con que aquel poeta abriera *La guerra a muerte*. En las páginas de este libro encontraría no sólo ambiente; encontraría la obra casi hecha. Con crear un personaje y llevarlo a través de los acontecimientos de aquella terrible guerra, le bastaría; lo demás saldría a su paso. En *La guerra a muerte* de Vicuña Mackenna hay elementos para todos, para los poetas, para los novelistas, para los dramaturgos, para los cuentistas; elementos heroicos, dramáticos, líricos, trágicos, grotescos. Considero este libro como la matriz de diez obras que no se han escrito y que quizás ya no se escribirán. Para escribirlo, Vicuña Mackenna juntó y devoró pacientemente, papel tras papel, y documento tras documento; nada escapó a su curiosidad y a su deseo de conocer lo que se relacionaba con esa heroica época. Y una vez atiborrado de documentación, la volcó, animándola con su fuerza de creador, en las páginas de este libro.

Este libro no es un libro lírico, ni filosófico, ni psicológico: es un libro de hechos, de movimiento, de narración pura. Le faltaba a Vicuña Mackenna lo que les

---

(2) V. Mackenna—*La Guerra a Muerte*.

falta y ha faltado a todos los grandes trabajadores de la historia chilena: sentido de la poesía, de la filosofía; la falta de este sentido se debe, según me parece, a las dimensiones colosales de sus obras. Los acontecimientos son tantos, es tan grande la multitud de seres que esperan una palabra para echarse a andar, que no queda tiempo para examinarlos detenidamente, para ver de qué materia están hechos, por qué obran así. Las palabras de Lastarria no pueden detener las grandes masas que pugnan por salir a la luz de la historia. La vida de un hombre no sería bastante para estudiarlos uno a uno. Es necesario sacar de su inmovilidad histórica a todos los indios que pelearon, capitaneados por Benavides y Pico, bajo las banderas del Rey; a todos los soldados de Freire y de Prieto; es necesario contar los hechos arrogantes, los hechos trágicos, los hechos espantosos, y siendo así, ¿cómo hacer poesía, cómo hacer filosofía? No queda tiempo, la vida es breve.

En todo orden de estudios hay siempre un hombre (o varios hombres), que inicia la labor de acumulación de materiales, que junta, cascote tras cascote y teja tras teja, todo lo que constituyó el edificio del pasado, cuidando de que nada se pierda y de que nada quede oculto. Una desviación de su línea de conducta en el trabajo deja en blanco muchas páginas, una abstracción cualquiera, el detenerse a pensar en los acontecimientos, el pararse a reflexionar sobre un hombre, inmoviliza a los individuos y a los acontecimientos que esperan su turno. Y cuando estos son muchos, la labor de aquel hombre está marcada: juntar, amontonar. Otros aclararán lo que él reunió, pues todas las labores no son distintas y mientras un hombre habla, otro canta.

Se ha reprochado a los historiadores chilenos la falta de lo que Lastarria pedía a los hombres que se ocupaban de la historia chilena: interpretación filosófica de

ella. El hecho es cierto, pero no constituye, sino en una mínima parte, reproche, y la decisión de Barros Arana, de reducirse a contar simplemente los hechos, puede no ser sabia en todo su alcance, pero es útil, útil desde el punto de vista del porvenir. Trabajaron en lo que había que hacer primero, eligieron la parte más cercana, más inmediata. Hubieran podido elegir la otra, la más breve en extensión, pero mayor en profundidad, pero entonces ¿quién hacía la que más urgentemente se necesitaba? Eran trabajadores del movimiento, de la acción, no del pensamiento que se detiene y que detiene a los hechos para aplicarles los reactivos que descubrirán la razón de su existencia.

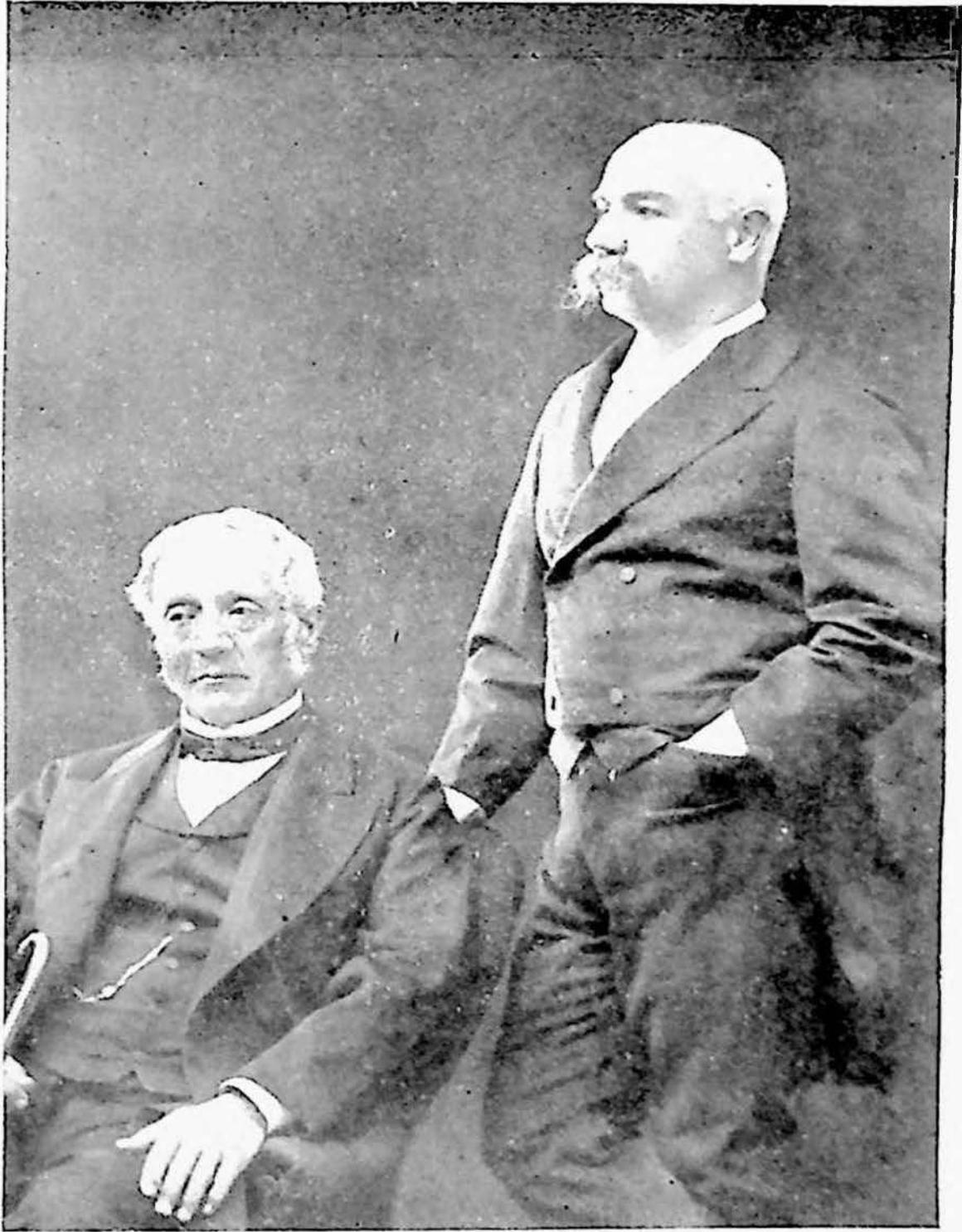
Vicuña Mackenna fué uno de estos trabajadores. Dotado del poder de reunir los hombres y los hechos dispersos en la historia, insuflándoles nueva vida, los juntó, los ordenó en filas indias y los hizo desfilar y realizar en las páginas de sus libros lo que habían realizado ya. De este desfile, del conjunto, de este desfilar y moverse sin tregua, la vida surge. En las páginas de *La guerra a muerte* el sur se mueve desde el mar a la montaña y las quilas de las lanzas, innumerables, ondulán como un trigal de ásperos tallos; los caballos galopan y resoplan en las batallas rápidas de las montoneras; los ponchos revuelan; los hombres gritan, matan y mueren; los bosques están cuajados de indios y de soldados; los ríos arrastran muertos, frutos humanos; se degüella a los niños, se viola a las mujeres, se saquea, y hacia la cordillera suben y desde la cordillera bajan las partidas capitaneadas por los Pincheira en demanda de sus *malalches* o en busca de botín, pues para estos hombres la guerra a muerte, más que una guerra de principios, era una guerra de robo. Toda la *tierra* está vonvulsionada.

Todo esto encontraría, el presunto autor de un *Martín Fierro* chileno, en las páginas de *La guerra a muerte*. ¿Poesía? ¿Para qué? ¿Psicología? ¿Para qué? Hechos,

hechos, vida inmediata, de la que puede salir lo que uno quiera y donde se puede hallar lo que uno busque. Labor del que vendrá es dar a esos hechos y a esos hombres el sentido que desee.

De esta manera Vicuña Mackenna trabajó para el porvenir, trabajó para los que vendrían después de él. Y no lo hizo de una manera árida, sin color, sin fuerza, sin gracia. No enumeró los hechos con espíritu de inventario ni los describió con vistas a la erudición. Se metió en ellos y los revolvió como una gran pelota de arcilla, moldeándolos con sus grandes manos de trabajador, dándoles calor, humanidad, simpatía, sentido de chilenidad, hasta que salían, calientes, a la vida histórica. Su estilo no es un estilo literariamente perfecto; es un estilo de narrador, de hombre que tiene muchas cosas que contar y que no quiere dejar de contar todo lo que sabe. Si se entretuviera en pulir su estilo, los miles de hombres y de acontecimientos empujaríanlo, ansiosos de vivir, instándolo a seguir, a no detenerse.

Vicuña Mackenna, además de un historiador, es en sus libros un cronista, un verdadero cronista, que llega a veces a la novela. *La guerra a muerte* tiene en ciertas partes una estructura de tal y si examinamos bien esta obra y la comparamos con algunas novelas históricas de Baroja o de Galdós, vemos que sólo le faltó a Vicuña Mackenna intención o vocación de novelista. Si hubiera hecho menos caso a los papeles y dejado más espacio a la fantasía, *La guerra a muerte* habría resultado una buena novela histórica. Pero la dejó en un estado que oscila entre la crónica y la novela, entre la narración y el cuento, entre la descripción y el poema, es decir, en un estado que cualquier escritor podría aprovechar. De ahí que yo digo que en este libro hay materiales para diez novelistas, para diez cuentistas, para diez dramaturgos, para diez poetas como José Hernández, pero para diez novelistas, para diez cuen-



Don Pedro Félix Vicuña, con su hijo Benjamín Vicuña en 1869,  
un año antes de la muerte del primero.

tistas, para diez dramaturgos y para diez poetas que quizás no aparecerán nunca, pues nadie, dadas las tendencias literarias de la época, querrá aparecer como un artista que saca sus materias del pasado histórico. Se perderá así todo el tesoro de color, de acción, de fuerza y de gracia que hay en ese libro, aunque todo aquello sería indiferente si un verdadero talento diera algún día, a las viejas figuras, un resplandor que sólo el talento puede dar.

A *La guerra a muerte* sólo le falta un brote artístico para que su existencia, ya sólida, adquiera un valor total.

